El socialismo utópico

(Hilo transicional del liberalismo al positivismo en Hispanoamérica)

Por Domingo MILIANI

I. Introducción

Para 1830, ya están potencialmente concluidas las guerras emancipadoras en la mayoría de los países hispanoamericanos. Se inicia una era de, por lo menos, tres décadas, tipificadas por una búsqueda de asideros institucionales, de asentamientos y convulsiones republicanos. Las luchas en los campos de batalla han concluido respecto a España; comienzan las de facciones políticas, partidos incipientes, por la dirección del gobierno. El debate parlamentario se enfrasca en una interminable digresión acerca de la forma del Estado; el centralismo y el federalismo serán motes de oligarquías indiferenciadas en cuanto apetitos de mando, diferentes como dos caras de un mismo fenómeno con dos rótulos exteriores. Liberales o conservadores, unitarios o federales, a fin de cuentas serán lo mismo; la carencia de ideologías definidas y de programas políticos, abren puerta de entrada a las disputas armadas, donde los militares en receso, los ex próceres, liman su energía primitiva y arbitran el combate de ideas. El principio alternativo, más que por elecciones, se aplicará por las revueltas y montoneras consecutivas; presidentes que a veces duran veinticuatro horas o dictadores que se afincan veintisiete años, tomarán en sus manos el rumbo práctico de las naciones, mientras los ideólogos discuten y viven el espejismo de las democracias parlamentarias norteamericana o inglesa; como términos de comparación con las nuestras.

De los Congresos emergerán constituciones casi perfectas, cuya aplicación en la realidad será eventual y torcida. La mano fuerte priva sobre la justicia escrita. Este mal se irá tornando endémico en nuestro devenir histórico político. [1]

Los antiguos principios postulados por la Revolución Francesa y aclimatados en nuestro Continente, no siempre serán hechos sino consignas vesperales de las campañas eleccionarias. Y éstas, el sufragio, a veces, instrumento discriminatorio de las mayorías sociales, como en Venezuela, o fórmula opresiva y destructora como en la Argentina de Rosas. [2]

II. El advenimiento romántico. Socialismo europeo

La generación nacida en plena guerra de Independencia, la que padecerá en su juventud los vaivenes de una política aún no conformada establemente, ha ido a Europa, se empapa en la cuestión social que ya ha producido levantamientos y conmociones fuertes, en Francia. El romanticismo ha llegado a su periodo de amplio contenido social conmiserativo; los políticos y filósofos europeos ven lo inoperante de las antiguas estructuras políticas y se apresuran a tejer módulos nuevos de carácter utópico, aptos a paliar la inminencia de los estallidos populares. Inglaterra y Francia apuntan hacia el sondeo de la situación; los teóricos y videntes proliferan; los movimientos sindicales son sucedidos por agrupaciones legales o semisecretas, cada una de las cuales reconoce en esencia la cuestión de las desigualdades económicas y sociales, aun cuando las vías de solución sean el punto discordante y privador de toda unificación. En lo religioso se tiende a reivindicar el cristianismo o, en algunos casos, hasta a inventar nuevas sectas religiosas. Del campo ilusorio de las utopías se pasa al de los cónclaves. Y en lo ideológico, del pragmatismo filosófico y el *laissez faire* económico, a un espiritualismo de tinte político revolucionario o evolutivo, a un replanteamiento de las relaciones entre patronos y obreros proclive a la igualación y armonía sociales, a una redistribución de la riqueza. El capitalismo se vuelve un monstruo esquivo en las manos de sus propios creadores y preconizadores. No se ataca al sistema como tal, sino a sus aspectos más ostensiblemente inhumanos; habrá quien repudie el maquinismo y quien lo exalte en función de las clases "más numerosas y más pobres."[3]

En todos los campos se nota la angustia y el insomnio motivados por la cuestión social. Es el instante del socialismo utópico.

Los nuevos teóricos y utopistas, se proponen una revisión del transcurso histórico y político a partir de la Revolución Francesa; las inteligencias afinan sus posibilidades de análisis.

"el liberalismo echó raíces de apariencia sólida en la ciudad de Buenos Aires"

El balance conduce al reconocimiento de los principios básicos de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, mas con agregados que los actualicen y, muy especialmente, con una nueva conceptuación.

Lo que preocupa en primer término es la conciliación de los intereses individuales y los colectivos; en éstos, la armonización de las clases sociales, el reconocimiento de los grandes empresarios e intelectuales como ductores de la organización política, en sustitución de las castas militares y de los profesionales de la política. Todo encubierto, dentro de concepciones místicas virtuosas, por el convencimiento de que lo importante era una reeducación de la sociedad en un sentido predominantemente moral. [4]

En realidad lo que sucedía no era solamente que el problema de las desigualdades sociales se agudizara en ese momento, sino que, a partir del romanticismo, se toma conciencia del fenómeno, ante todo, porque el romanticismo había sobreexcitado las cualidades gregarias del hombre en un sentido humanitario, sentimental y filantrópico, a tiempo que su preocupación por utilizar la naturaleza como gran confidente de las aflicciones humanas, permitió observar también la naturaleza de las multitudes. [5] El convencimiento de que la sociedad es perfectible en su conformación, posibilita la creación de fórmulas utópicas. La observación del pasado en balance retrospectivo, lleva a una confrontación del estado de miseria o de riqueza y a la formulación de caminos.

III. La realidad americana y el socialismo

El socialismo utópico y el romanticismo literario son movimientos de aparición simultánea en América. Ingresan por Argentina, con el regreso de Esteban Echeverría al país; éste, joven todavía, hubo de permanecer en Francia por espacio de cinco años, desde 1825 hasta 1830. Es un París conmovido por huelgas y miseria, saturado de idealismo, el que le toca vivir. Regresa hecho un romántico en literatura y un socialista incipiente en política. Ya en Buenos Aires había recibido su primer barniz filosófico en manos del discutido Fernández de Agüero. [6] En Francia frecuentará la charla del salón de Benjamín Constant y Destut de Tracy, con la doctrina de quien ya estaba familiarizado. Pero, sobre todo, es importante el descubrimiento de la afinación de la sensibilidad social que las nuevas doctrinas de la Economía Política fijan en el viajero. Quedará provisto de la ciencia novedosa en trance de afincamiento sobre base de análisis objetivo y fuertemente reacia a las inclinaciones del liberalismo económico.

La realidad argentina, a su retorno, ya no es la de una blanda tolerancia ideológica y política de los tiempos de Rivadavia, bajo cuyo gobierno el liberalismo echó raíces de apariencia sólida en la ciudad de Buenos Aires, pero sin extenderse a las provincias. Se mantenían los postulados fundamentales que fueron conquista y divisa de la Revolución de Mayo, mientras emergían, desde la sombra de las provincias, las siluetas de caudillos cerriles. Era un proceso que se había iniciado en 1820, pero que llega a culminar en 1830. Luego de la consabida disputa de facciones en el parlamento, encabezadas respectivamente por Rivadavia —Partido Nacional o unitario— y Dorrego —Partido Federalista o autonomista— la decisión queda en manos de tres caudillos: Quiroga, Rosas y López, para, finalmente, dejar el campo limpio a Rosas, gobernador de la Provincia de Buenos Aires. [7] Las ideas de Constant, Tracy, Bentham y Guizot, trazaban el rumbo bondadoso de Rivadavia como político, pero quizá por esa ciega inclinación a las ejecutorias del liberalismo europeo, perdió de vista la realidad social de su país y fue finalmente destruido en cuanto gobernante por el despotismo antiunitario de Rosas. [8] La Federación se torna policía para perseguir a todos sus adversarios reales o imaginarios, englobados bajo el mote de "inmundos, salvajes unitarios". La lucha de libre pensamiento ha fallecido. La vuelta al colonialismo restaurador se impone.

Echeverría entra en contacto con los jóvenes de idénticas preocupaciones sociales — Alberdi, Gutiérrez, Quiroga Rosas. A la manera del salón de Constant y Tracy, que él frecuenta en Europa, y en forma parecida a la de las tertulias rivadavianas de Luca y de Margarita Mandeville, se trazan y asientan las plataformas de lo que será en 1837 el Salón Literario de Marcos Sastre, punto donde se incuba la generación llamada de Mayo o de la Joven Argentina. [9]

Pero ahora ya no se trata sólo de leer a los poetas y novelistas románticos, tanto como de discutir y analizar seriamente la situación social del país, a la luz de las teorías socialistas utópicas traídas en mente y convicción por Echeverría.

Entre tanto, la realidad de la calle era cada vez más cruenta en sus persecuciones; el espíritu de contrarrevolución y de catolicismo fanatizante se imponían. No había la misma problemática que Echeverría palpara en Europa; los problemas entre patronos y obreros de grandes fábricas estaban ausentes; la miseria pululante en los barrios industriales no se notaba tanto en la ciudad platense. Pero, en cambio, el asunto religioso y, sobre todo, la pugna estéril de los partidos carentes de programa o de doctrina, el mandonismo usurpador de los caudillos impedían todo avance o conquista de la igualdad social. Y esta evidencia induce a los jóvenes del Salón Literario a realizar un balance objetivo de la historia, a partir de Mayo; plantea la cuestión de trazar un programa, ya no ceñido servilmente a los moldes liberales europeos y norteamericanos, sino nacido del estudio sistemático de los hechos sociales y económicos. El estudio se combinaría con la meditación autóctona, sin ceñirse estrechamente a un nacionalismo introvertido, sino teniendo en cuenta las leyes de la evolución de la humanidad. [10]

IV. El socialismo argentino. Planteamientos

Aun cuando hubiera conatos y hasta documentos ubicables dentro del socialismo utópico en otras regiones de Latinoamérica, será Argentina el país que produzca un movimiento más orgánico y el legado escrito de relieve y trascendencia máximos. Estudiar ambas manifestaciones equivale a caracterizar el socialismo continental de la época.

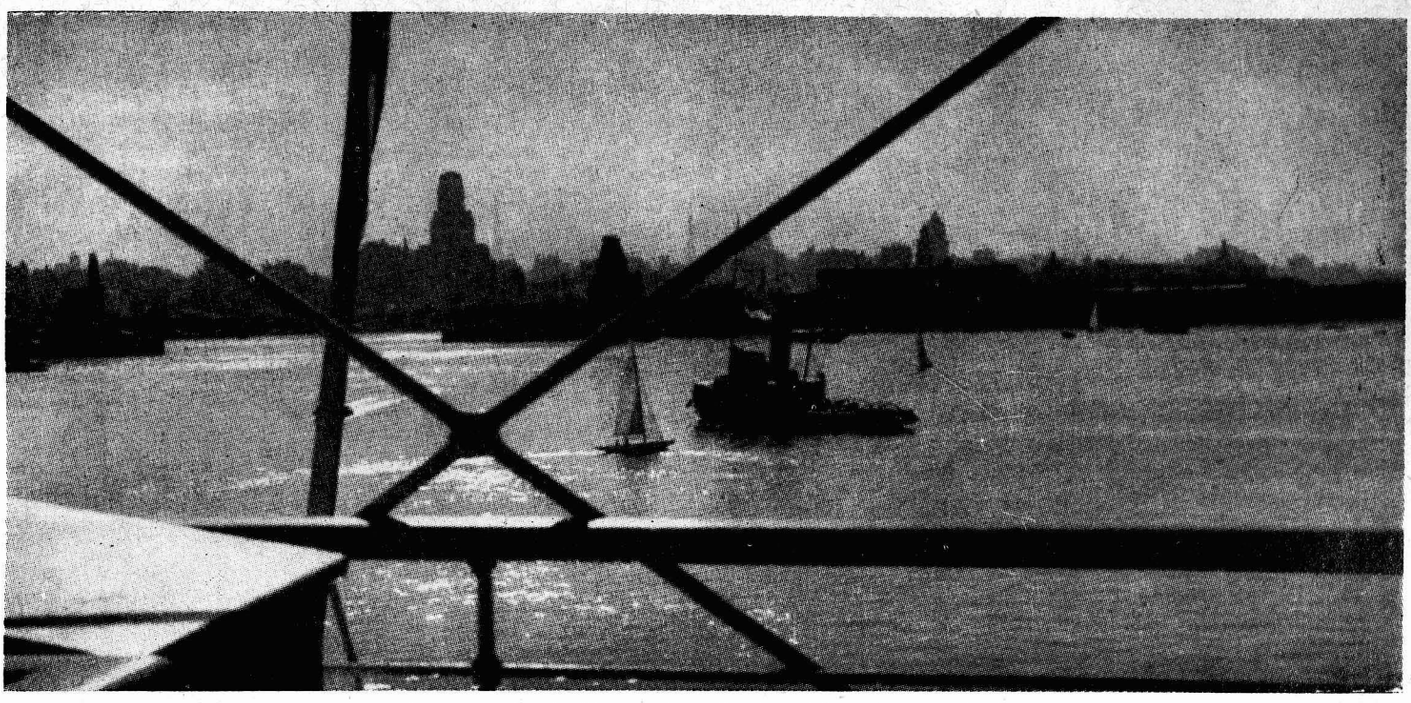
El movimiento a que aludo es el conocido como Generación de 1837, Asociación de Mayo o de la Joven Generación Argentina. El documento es el *Dogma socialista* redactado por Esteban Echeverría, síntesis del ideario generacional, publicado primero en el periódico *El Iniciador* de Montevideo en 1837; más tarde editado como libro —en 1846— con leves anexiones.

Tanto del estudio de cartas y documentos del grupo, como de la lectura del *Dogma*, se concluye en que la intención fue mantener vigentes los principios del liberalismo, que había introducido la Revolución de Mayo y cuya realización es imputable en favor de Bernardino Rivadavia. Pero estos principios en manos de los nuevos pensadores sufren análisis y críticas, definición y ampliación.

En primer lugar, revitalizan los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Énfasis especial imprimen al concepto de libertad, con el cual usufructuaron mucho quienes menos adictos eran a su esencia. [11] A este concepto suman el de igualdad, concretado en igualdad de clases, en lo económico y en lo social, para deducir del binomio liberal los fundamentos de la asociación, claramente socialista en su espíritu, que tiende a la búsqueda de armonía entre individualidad y sociedad. [12]

En concatenación similar deducen y aplican la ley del progreso social indefinido, base de lo que constituye para ellos la revolución, otra palabra que en América servía para calificar cuanto motín, sublevación o sedición adelantaran ciertas hordas famélicas de mando, carentes de programa y exentas de propósitos transformadores de la estructura socioeconómica. Ambos términos —revolución y progreso, entendido este último como

"su cuerpo se ha emancipado, pero su inteligencia no"



"severa confrontación con la realidad social de la Argentina"

cimiento de la democracia— cobran en la inteligencia de la "Joven Argentina" su significación impuesta en Europa por los socialistas utópicos, fuesen o no partidarios de su adquisición por vía insurreccional. Objetivamente juzgan a América recién salida de la tutela hispánica para concluir en que "su cuerpo se ha emancipado, pero su inteligencia no". [13]

Llenar los puntos muertos o no logrados con la independencia será la misión que se impongan. La emancipación política estaba conseguida; quedaba pendiente la social, alcanzable sólo por la "sociabilidad", y ésta por la conjunción de los elementos político, filosófico, religioso, científico, artístico e industrial.

Muralla contra el progreso era el pueblo —las masas populares— ineducado y a merced de la antojadiza voluntad de Rosas. Su concepción de la igualdad admitía sólo las diferencias jerárquicas de inteligencia y virtud y la de soberanía no estaba cifrada en un pueblo abstracto, sino en la razón colectiva del pueblo, aún por forjar. Se trataba entonces de educar a las masas —"educar al soberano", dirá Sarmiento— en cuanto virtudes de carácter republicano, moral, social y preparación técnica. El instrumento más viable para dicho fin sería la religión — que a la vez constituía lo más irritable dentro de la Argentina rosista, donde la Iglesia Católica es piedra sustentadora de la "Santa Federación". Fue éste un asunto que acometieron con talento y sutileza, ya bajo la notoria influencia de los saintsimonianos — especialmente de Leroux. Creo que sea éste uno de los puntos donde el hilo transicional hacia el positivismo se hace más visible.

Dos modalidades toma en los utopistas argentinos la cuestión religiosa: una inicial, muy audaz, de crítica a la Iglesia Católica y normativa de un cristianismo cívico —presente como rasgo común en la mentalidad de casi todos los socialistas franceses e italianos—, y una segunda matización que anuncia el advenimiento de una religión positiva y universal.

En cuanto al catolicismo, se definen como adversarios de la religión del Estado, defensores de la libertad de cultos y el libre examen; retroceden al cristianismo bíblico en su carácter prístino de religión de las masas; anatematizan una Iglesia Católica opresiva, al servicio de oligarquías sociales. Valoran al sacerdote como a cualquier ciudadano y, en ello, hablaron alto del sometimiento de los clérigos a las leyes civiles. En esta materia, siquiera en teoría, se aparejan en América con los ejecutores de la Reforma Mexicana del 57. [14]

En lo tocante a la religión "positiva", sin caer en el misticismo atrabiliario de un Enfantin, Echeverría se hace eco de las profecías de Leroux, referentes al nacimiento de una creencia religiosa universal de la humanidad, aunque la estima dentro del terreno meramente conjetural. Hasta por razones de táctica política, no era el momento de entrar en una metafísica de las nuevas religiones, dado el fanatismo católico del pueblo argentino; en esto atinaron, y su tino les salvó de pisar el terreno más cenagoso de las doctrinas socialistas europeas: una religiosidad pasiva, que desvió los esfuerzos del objetivo social.

Se han visto los rasgos heredados del liberalismo y depurados en sus manos socialistas, tanto como la convergencia de doctrinas socialistas europeas en el ideario de la generación. Queda ver cómo encararon algunos otros detalles que los filian definitivamente con la era genética del positivismo. Estimo que donde cavaron más hondo fue en el enfrentamiento de los dos problemas de gravedad máxima en su tiempo: la cuestión del ejercicio de la soberanía popular y la de unificar un país seccionado por las luchas civiles. Esto, aparte la aplicación de criterios metodológicos que ya anuncian una aproximación más o menos científica a los tópicos sociales del Continente y que abonan terreno para el enraizamiento positivista.

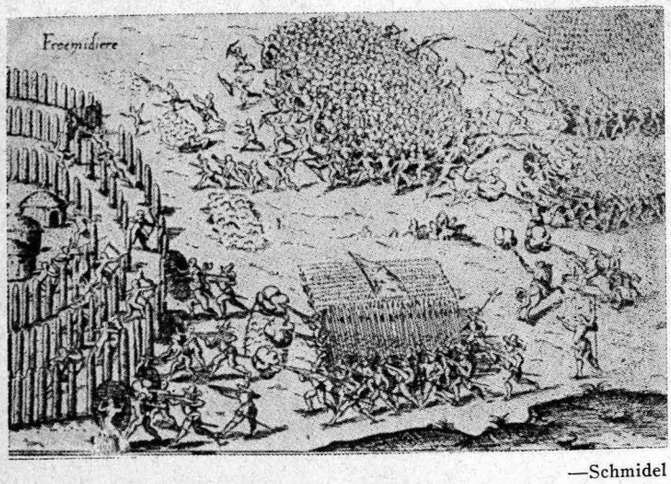
En cuanto al asunto soberanía, en el ideario de la Asociación se presume la más aguda crítica a uno de los aspectos paradojales de nuestras democracias representativas hasta hoy: la discordancia entre los preceptos constitucionales, el amaño de las legislaciones, la ficción de la soberanía ejercida por el pueblo en el sufragio, y la propensión a injertos ultraliberales que contravienen las más elementales normas de la humanidad, aun cuando se acoplan a intereses perfectamente discernibles dentro del capitalismo.

A primera vista, cuando Echeverría y su grupo afirman que el sufragio universal es absurdo y que la ignorancia de las mayorías populares las priva de ejercer a conciencia el acto electoral, parecería que se tratase del más rancio y retrógrado principio. Pero visto en función del razonamiento histórico y de los hechos palpables, emerge esta concepción, no original en él, pero sí adaptada por vez primera a nuestras incidencias políticas; se deduce que fue un acierto, y también un freno —ideal— a la entronización de caudillos feudales —como Rosas— por la vía de una constitucionalidad discorde con las necesidades y aspiraciones sociales. [15]

La unificación que ellos preconizaban fue desapasionada y ecuánime. De los dos bandos tradicionales, unitarios y federales, tomaron los que podrían catalogarse como aspectos ideológicos; los sometieron a severa confrontación con la realidad social de la Argentina; adoptaron lo útil aplicable; desecharon lo ambicioso y personalista. Convocaron a una conjugación de esfuerzos y de inteligencias, a una edificación del país y a un cese de las lesivas pugnas de intereses facciosos. [16]

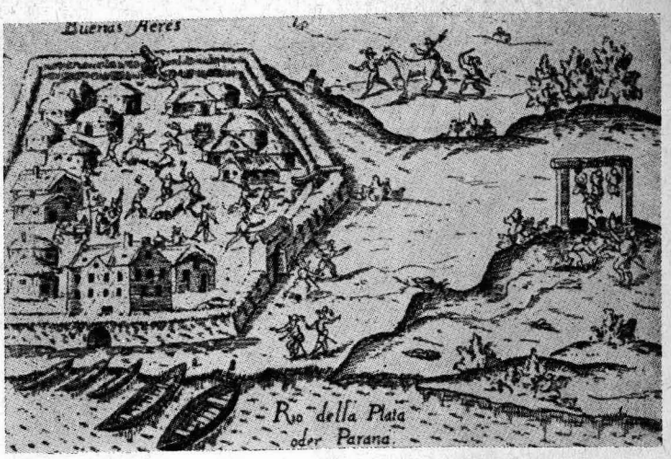
Por último, en relación al criterio metodológico, su mayor acierto consistió en realizar, por un lado, la síntesis de todas las doctrinas sociales en boga hasta ese momento, con inclinación idealista; y parecida a la de Marx, con espíritu materialista; tamizarlas con sesudo espíritu de adaptación y, por el otro, serán los primeros en buscar las raíces de nuestras dolencias colectivas en el estudio de las cuestiones económicas y sociales, con rigurosa disciplina histórica — hasta donde les era dado por su formación cultural.

Intuyeron la necesidad de basamentar todo programa de gobierno en una economía política nacional, síntesis de los hechos y experiencias autóctonas, y fueron a la tradición en busca de explicación clara de lo positivo o negativo del devenir histórico, cortando así lo que se había constituido hábito de los políticos liberales: discutir las formalidades teóricas de las escuelas europeas, sin previa consulta con los propios fenómenos regionales de los países. En resumen, deslindaron campos, fijaron posiciones obedientes con las leyes del desarrollo socioeconómico y echaron a tierra el afanoso proceso estratificador de caudillismos feudales. [17]



—Schmidel

Expedicionarios españoles atacan un fuerte indígena



—Schmidel

Hambre en Buenos Aires en tiempos de Pedro de Mendoza

Si en el terreno práctico inmediato no lograron la aplicación de sus objetivos, quizá demasiado ambiciosos para el momento, si cometieron graves errores como los de enquistarse en grupos elitescos dentro de cada provincia y no lograron arrancar a las masas de las fauces rosistas; si pecaron de adherirse a las causas de otros caudillos cuya única virtud auténtica era la de estar opuestos a Rosas, pero aspirar igualmente al mando personalista del país, en cambio, hay que reconocerles la cualidad teórica innegable de haber sido los primeros que, como grupo homogéneo, se propusieron sistematizar la política en un programa concreto. Y no podría acusárseles de meros teóricos, pues, con el tiempo, la que fue más brillante sucesión de mandatarios progresistas, abrevó ideología, templó ánimos y forjó visión nacional en las fuentes del *Dogma* y de la Asociación, en sus reuniones y propósitos.

Los tres grandes pensadores de orientación política específica —Sarmiento, Echeverría y Alberdi— nacieron a la historia de las ideas argentinas dentro de este movimiento. Sarmiento, teórico, dejará en *Facundo* la constancia de su aprendizaje junto a Echeverría; éste morirá temprano y legará su *Dogma socialista;* Alberdi, en sus *Bases* y otros escritos manifestará su línea de formación, aun cuando luego se retracte abiertamente de su tendencia socialista y quiera justificar postura idéntica de negación en Echeverría. Sarmiento, gobernante, nutrirá lo más trascendente de sus ejecutorias en las fuentes programáticas e ideológicas de Echeverría y Alberdi. Sobra aquí comprobarlo mediante cotejo de hechos e ideas, pero no es necesario caminar muy al fondo para captarlo.

V. Reflejos del socialismo argentino en Hispanoamérica

Las luchas de gabinete adelantadas por la Asociación no tardaron en ser afectadas por la gente de Rosas. El exilio fue la solución. Unos se radican en Montevideo, otros en Chile. Esta experiencia nos lleva a pensar más seriamente en lo que había sido apenas un vislumbre inicial: el destino socialista que ellos pensaban para Argentina, era común a los restantes países hispanoamericanos. Era, pues, necesario, llevar las ideas del *Dogma* un tanto más allá de los linderos provincianos de la república. Las campañas de extensión ideológica y organizativa en el interior del país habían contado con un agente dinámico y entusiasta: Manuel Quiroga Rosas. Él mismo será quien se trace el plan de lo que llamó "la caravana progresiva"; consistía en preparar un grupo de jóvenes en la doctrina del *Dogma* para salir a inyectarlo en otras naciones vecinas. A ello contribuyó la conducta solidaria del Uruguay y de Bolivia, más que de Chile, donde encontraron asilo político unitarios y socialistas, pero donde las oligarquías sectarias privaban de posibilidades difusoras y obstaculizaban por otros medios a la naciente ideología. No obstante, hubo también edición chilena del *Dogma,* en algunas partes.

Quiroga Rosas comienza una ofensiva de cartas a Juan María Gutiérrez y a Alberdi, donde expone sus proyectos. [19]

Más tarde comprenderán que ya tienen bastante con preparar la lucha contra el dictador argentino y vuelven los ojos otra vez a su país; pero ya la idea de una extensión continental —la exportación de la revolución, como diríamos hoy— del *Dogma,* era un síntoma del ansia renovadora que cundía por todo el ámbito de las antiguas colonias hispánicas.

Muy al ejemplo de Mazzini, es el *Dogma socialista* y la estructura organizativa de la Asociación de Mayo; pero sobre todo, esta idea de divulgación ideológica, de fundar *asociaciones de jóvenes repúblicas* en cada nación americana donde les fuera permitido entrar, esto y la idea de la Joven Europa, guardan paralelos que obvia comentar.

No se ha estudiado aún hasta dónde alcanzó la difusión directa del *Dogma socialista* en América, a través de su edición periodística de 1837 o de su reimpresión en libro. Pero lo cierto es que, casi parejo en cronología con su aparición, afloran movimientos similares, menos afortunados, con una cohesión más frágil, pero definidores en el campo de las ideas, en otros países.

VI. Huellas socialistas en Venezuela

Quizá uno de los países que guardaba mayores similitudes históricas con la Argentina de la Asociación fuera Venezuela. Desde 1830, muerto Bolívar en su destierro, insurge una oleada caudillesca protagonizada por los ex próceres. Páez se erigirá gratuito árbitro de la presidencia por espacio de quince años. Los gobernantes alternarán nominalmente y, con ellos, el sucederse de conspiraciones militares. Partidos políticos que tuvieron su abolengo en las facciones nacidas dentro de la Gran Colombia, empiezan a afirmar su fisonomía oligárquica no diferenciada. Los conservadores mandan desde 1830 hasta 1846 con Páez como factor aglutinante. Los liberales, aún no bien organizados hasta 1840, toman el poder en 1846, capitaneados por Antonio Leocadio Guzmán, se entregan a la tutoría militar de José Tadeo Monagas y son prácticamente aniquilados por éste, a lo largo de un decenio dictatorial, muy emparentado con el rosismo en sus tácticas socarronas.

Vendrá luego una luna de miel de partidos, donde ambos se prometen lealtad eterna —parecida a la que derrocó el rosismo— y en 1858 cuaja una efímera unidad parlamentaria.

Desde 1830, una generación nueva, de orientación civilista, actúa bajo las banderas del Partido Conservador — más liberal que su antagonista de este nombre. Todos están ansiosos de una renovación en el campo científico, filosófico y político. Su figura más representativa en pensamiento es Fermín Toro, portavoz claro de socialismo utópico en el país, sin aludir a tales corrientes de modo directo, por su filiación conservadora, pero identificable en las ideas que expuso y en los autores citados por afinidad, en sus dos trabajos más valederos y actuales; uno, de análisis económico —*Reflexiones sobre la ley del 10 de abril de 1834*— y otro de política internacional — *Europa y América.* El primero, publicado como libro en 1846; el último, anterior en cronología, editado como artículo en la prensa de 1837. Sería ocioso aquí establecer las coincidencias ideológicas —en economía política y en orientación de socialismo utópico— con las analizadas antes en el *Dogma socialista.* Coinciden a veces hasta en los propios términos de definición. No es descartable la posibilidad de que Toro hubiera conocido el trabajo de Echeverría, o viceversa; queda por averiguar. Ambos coinciden en la fecha de publicación de sus obras políticas citadas. (1837: Primera edición del *Dogma* de Echeverría, publicación de *Europa y América* de Toro. 1846: Segunda edición del *Dogma* y aparición de las *Reflexiones.*) Tampoco es menos posible afirmar que ambos tienen convergencias doctrinarias por la comunidad de fuentes filosóficas en las que se inspiran. Pero sí hay un aspecto que vale destacar en Toro y que supera la conducta del grupo argentino. Me refiero a haber intuido y anunciado como alerta —en *Europa y América*— los peligros del imperialismo europeo, ya en plena ofensiva en Argentina y México por las agresiones francesas y que en el primero de los países contó con el beneplácito de los socialistas, mientras Rosas adoptaba un comportamiento defensivo de la soberanía nacional.

Los planteamientos de Toro se circunscriben a analizar en detallado historial las agresiones cometidas por Francia e In-

glaterra, contra países débiles. Estados Unidos aún era objeto de simpatía en Hispanoamérica sin reticencias. Agregaba Toro —y en esto coincide con los argentinos— que América era el Continente democrático por antonomasia, cuya misión era conservar las instituciones republicanas, pero ajustadas a los conceptos de asociación y armonía de las clases sociales. Nada extraordinario, pues los propios socialistas europeos —cabetistas o icarianos, fourieristas y saint-simonianos— establecieron colonias socialistas fallidas en Estados Unidos y en la California mexicana. Pero sí es Fermín Toro quien por primera vez, con vasta información, osa señalar los lastres y lacerias sociales del capitalismo europeo llegado a la etapa de "feudalismo industrial" —frase copiada de Sismondi—; y luego, comparativamente, afirmar que nuestra sociedad —aún no golpeada por las grandes contradicciones sociales del industrialismo— era el suelo propicio a la perfectibilidad institucional, con la sola ayuda intelectual de Europa; éste, un rasgo diferencial con sus contemporáneos platenses, que subestimaban las posibilidades autóctonas de avance y que abogaban por la inmigración; rasgo positivista en los argentinos, y romántico en el venezolano.

Desde luego que en su pensamiento tuvo errores de cálculo elemental, en el enjuiciamiento de nuestro devenir histórico-social; pro hay que señalarle aciertos como el de propugnar la necesidad de unificarnos defensivamente contra el peligro de las agresiones de potencias industriales y el clamar por la negativa de nuestras repúblicas a firmar pactos o tratados con potencias, si ello coartaba la libertad y la soberanía nacionales o abría oportunidad para recibir golpes de países más fuertes.

VII. Confluencia de socialismo y positivismo

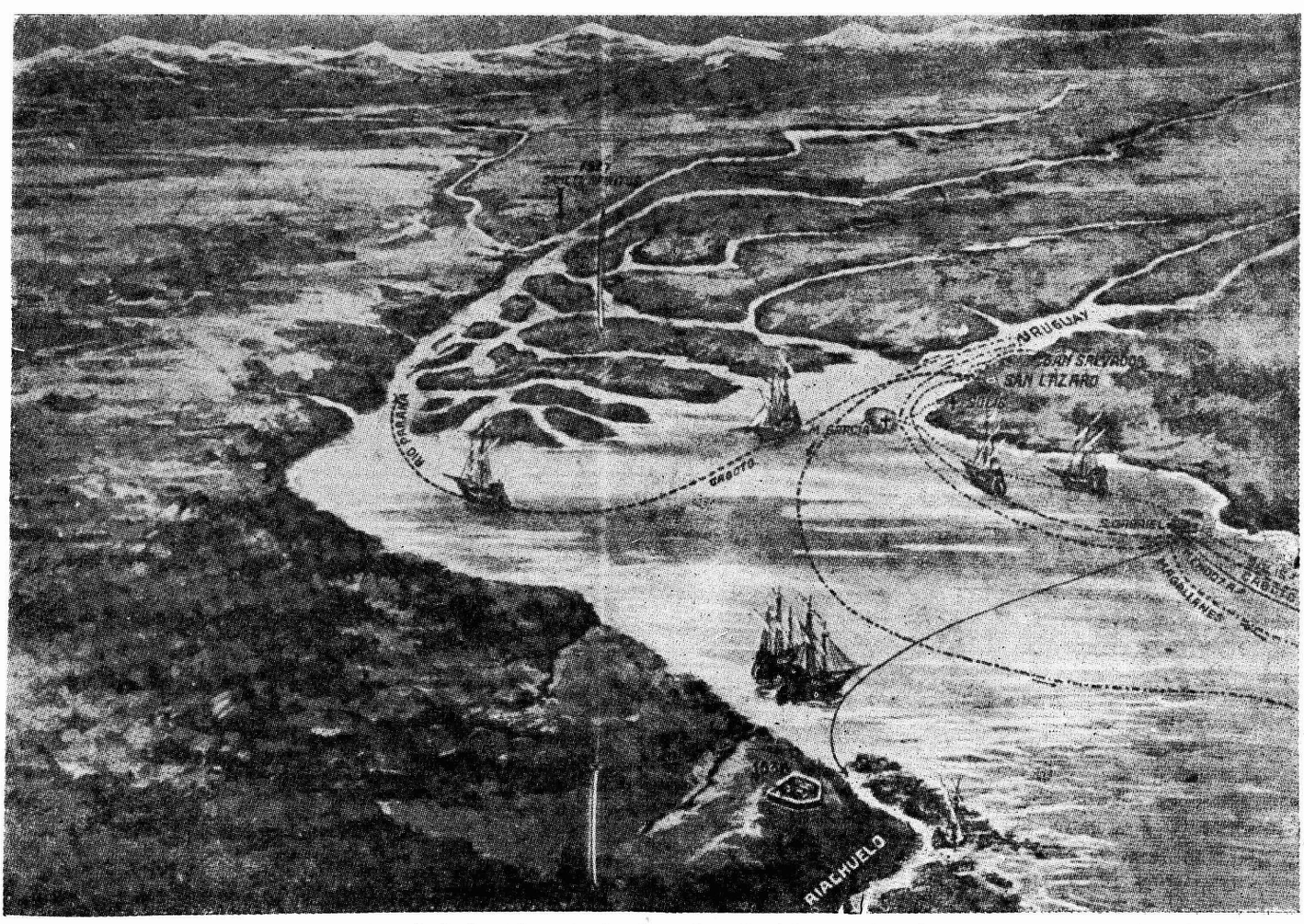
Algunos argentinos de la generación de utopistas, con el tiempo, llegaron por la vía del análisis social objetivo que habían ensayado, hasta el positivismo. Casos concretos, Sarmiento el de *Conflictos y armonías de las razas en América* y el Alberdi de los últimos años. Un positivista que fue por camino inverso hasta un socialismo más avanzado —Alejandro Korn— opina que, después de la victoria de Caseros, los socialistas argentinos del exilio llegaron a su patria enfilados hacia el positivismo.[19] Lo cierto es que ya el hecho de hallar determinaciones de los fenómenos políticos en la realidad social y económica de nuestras naciones, preparó las mentes y los mentores en la nueva doctrina positiva, cuyos primeros reflejos llegaron a través de un maestro de Augusto Comte —pese a que éste lo negara posteriormente—; aludo a Saint-Simon, conocido y tomado por cimiento doctrinario entre los ideólogos de nuestro socialismo, tanto en su ideario personal, como a través de sus exégetas franceses e italianos. Así, el Comte de los primeros tiempos[20] coincide con el pensamiento de signo ético de los socialistas europeos, pero más claramente de los hispanoamericanos que se vieron precisados a adoptar métodos y procedimientos más conformes en la objetividad con los fijados por la sociología positiva.

Nota epilogal. Las limitaciones de espacio impidieron efectuar una confrontación detallada de las fuentes europeas en el ideario socialista hispanoamericano. Apenas si se mencionan los nombres de algunos de los principales autores, mas quedan sin aludir siquiera nombres cuya huella es palpable en los textos de nuestros autores: Fourier, Owen, Cousin, Lerminier, Lammenais, Bazard y, especialmente, Considérant.

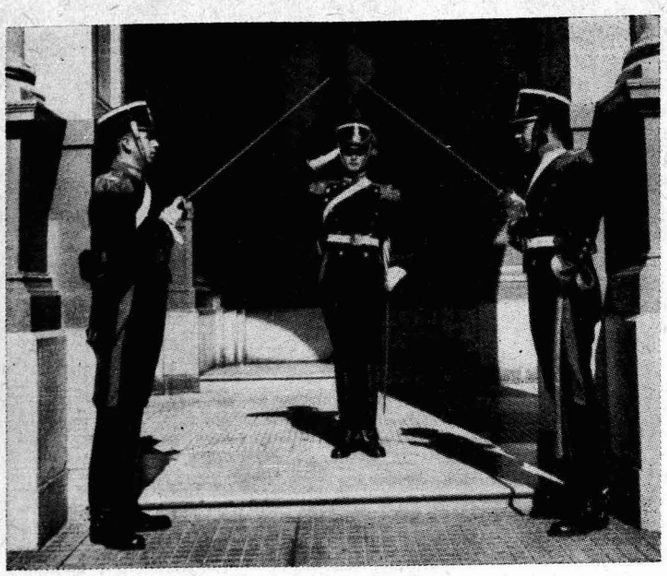
[1] José Gil Fortoul caracteriza la política hispanoamericana de esta época así: "La política de cada pueblo la caracterizan a un tiempo la forma especial de sus instituciones y la manera como éstas funcionan; y por otra parte, la interpretación y aplicación de las leyes constitucionales tienen siempre mayor importancia que la doctrina más o menos avanzada que sirve de norma a los Congresos encargados de redactarlas. La más sabia constitución resulta letra muerta si la contradicen desde luego las costumbres del medio social y político, las tendencias anárquicas o despóticas de los partidos y los procedimientos o autoritarios o disolventes del Gobierno. Compruébalo así la historia de las Repúblicas latinoamericanas durante muchos años del siglo XIX, en las cuales, no obstante la forma de sus constituciones, forma que ha llegado a veces casi a la perfección teórica, el individuo gozó a menudo de menos libertad que en otras naciones sometidas todavía a un régimen constitucional aparentemente anticuado (las monarquías británica, belga, holandesa, italiana); y aun aconteció que la evolución social fuese en algunos periodos más rápida bajo la dictadura que durante el funcionamiento regular del Gobierno legítimo." (*Historia constitucional*, vol. II, cap. IX, 222.)

[2] En Venezuela, por ejemplo, para ser *ciudadano*, elector o elegido, se requería tener una renta anual de por lo menos cuatrocientos pesos; en cambio, el precepto constitucional que condicionaba al sufragante a saber leer y escribir, no pudo aplicarse nunca. En Argentina, el sufragio universal instaurado por los unitarios, llevó al poder a Juan Manuel de Rosas, para que se eternizara en el mando.

[3] Todas las teorías socialistas —dice Cole— "tienen algo en común: todas tienen como punto de partida el reconocimiento de la importancia capital del 'problema social' y la creencia de que el hombre debe tratar este problema mediante alguna acción colectiva. Todas son hostiles al *laissez-faire* a la concepción de una ley natural, que, en ausencia de una intervención humana colectiva en su cumplimiento, de un modo u otro dará buen resultado, cualquiera que sea la manera en que se defina el



Croquis de las primeras rutas de exploración del Río de la Plata



"la realidad social de la Argentina"

bien. Todas se basan en una creencia de las virtudes de la colaboración y en contra de la competencia, o de la planificación en contra de lo que sus adversarios llaman 'empresa libre'. Todas exigen de los hombres una conducta y una actitud de mayor cooperación de las que son peculiares de la sociedad capitalista, o, mejor aún, de las que eran peculiares hace un siglo. El factor común más manifiesto en todos los 'socialismos'... es la censura del espíritu de competencia tal como se manifiesta en la industria capitalista y de sus consecuencias en el malestar y opresión humanos." (*Historia del pensamiento socialista*, I, XXVI, 300-301.)

[4] De 1830 a 1848, el socialismo francés, que triunfa entonces en el mundo entero, lejos de mostrarse materialista, como ha de ser el marxismo alemán, es idealista y sentimental, como la poesía de su tiempo. Es más *fraternitario* que igualitario; más que alegar el derecho, lo que hace es invocar el deber; preconiza la unión y no la lucha de clases, porque concibe una transformación total de la sociedad y porque quiere conducir a la felicidad a la humanidad entera; une la reforma moral, e incluso la religiosa, con las soluciones económicas y sociales que preconiza, y le preocupan la suerte de la mujer, del niño y de la familia, la educación, la justicia, en una palabra, los problemas espirituales, tanto como las mejoras materiales. Por todo lo cual se une estrechamente al romanticismo, y sus influencias, que se compenetran, se suman para obrar sobre la sociedad." (Picard, *El romanticismo social*, III, VII, 328.)

[5] "Al interesarse por el mundo exterior, los románticos vuelven a unir el hombre al universo. En los pensadores sociales de esos comienzos del siglo XIX, el sentimiento de la naturaleza se expresa en la tendencia a buscar explicaciones y leyes para los hechos sociales semejantes a los de las ciencias físicas." (Picard, *El romanticismo social*, II, II, 35.)

[6] Este sacerdote antiescolástico, amigo de las ideas de Bentham, Tracy, Condillac y Holbach, sin duda dejó huella inicial en su discípulo, pese a que más tarde, éste, al contacto directo con las ideas espiritualistas, para entonces en boga por Europa, especialmente en la Francia de Cousin, le fustigue acremente sus inclinaciones pragmáticas. Alberto Palcos anota: "Al formular semejante reproche se desdice del sentido de sus propias prédicas, confirmando los cargos de los que ruidosamente pidieron la destitución de Fernández de Agüero. La juventud estudiosa y la opinión independiente de la capital, es sabido, lo sostuvieron enérgicamente. Aquilataron sus cualidades poco comunes de catedrático, así como su denodado esfuerzo por aventar los espectros filosóficos del coloniaje." (Palcos, *Prólogo al Dogma socialista*, p. XII.)

[7] "Tres hombres —Quiroga, López y Rosas— se dividieron la hegemonía política del país, y sometieron a su influencia a los caudillos menores que se habían encumbrado en las diversas provincias. El despotismo —profetizado muchas veces como secuela inevitable de la libertad indómita— fue el sistema que triunfó en la querella, ejercido durante algún tiempo por los tres autócratas; pero durante algún tiempo nada más. Lo que Quiroga y López hicieron con los caudillos subalternos, lo realizó más cumplidamente Juan Manuel de Rosas desde Buenos Aires, y poco después, tras la muerte de aquellos dos, su autoridad omnímoda presidió el país, desprovisto de constitución y de leyes más sujeto a una autoridad, más absolutista y centralizada que todas las que hasta entonces tuviera. Por eso puede hablarse, pese a la carencia de formas legales, de un Estado rosista, antítesis del Estado rivadaviano." (José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, IV, 119.)

[8] "Los principios que inspiraron a la minoría revolucionaria de Mayo no murieron al ser disuelta la Asamblea General del año 13. Cuando cayó Alvear, algo esencialísimo permaneció inalterado: las nuevas costumbres y el espíritu liberal de la sociedad, resplandecientes con fulgores más firmes en la época de Rivadavia." (...) "Desde la caída de Alvear hasta el año 20 las resistencias fueron formidables: el cauteloso conservatismo de la burguesía rica, la resistencia sorda del clero restaurador, el desbordamiento anárquico de las masas gauchas, el autonomismo recalcitrante de los caudillos feudales, la insolencia motinera de los caudillos militares, todo conspiró contra los que habían concebido la revolución como una transformación sustantiva del régimen colonial y no como una simple secesión de la metrópoli." (Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, I, V, 311-312.)

[9] "Una juventud inquieta y politizada concurría antes de 1837 a la *Asociación de Estudios Históricos y Sociales*, fundada en la casa de Miguel Cané. Y antes de fundarse el Salón Literario, el mismo Marcos Sastre había fundado en 1835 o '36 un Gabinete de lectura, que funcionaba como Biblioteca Pública anexa a su librería. Éstos pueden considerarse como los antecedentes inmediatos del Salón y de la Asociación de Mayo. (Cf. Palcos, *Prólogo al Dogma socialista*, p. XXI.)

[10] "Pero si la percepción de la ruta en que deba caminar nuestra sociabilidad, debe salir del doble estudio de la ley progresiva del desarrollo humano y de las calidades propias de nuestra nacionalidad, se sigue que dos direcciones deben tomar nuestros trabajos inteligentes: 1º, la indagación de los elementos filosóficos de la civilización humana, 2º, el estudio de las formas que estos elementos deben de recibir bajo las influencias particulares de nuestra edad y nuestro suelo. Sobre lo primero es menester escuchar a la inteligencia europea, más instruida y más versada en las cosas humanas y filosóficas que nosotros. Sobre lo segundo no hay que consultarlo a nadie, sino a nuestra razón y observación propia." (Juan Bautista Alberdi, *Doble armonía entre el objeto de esta institución... Dogma, Documentos...*, 248-249.)

[11] "Todos los partidos desde el principio de la revolución han gritado y se han hecho la guerra a nombre de la libertad: Rosas, Oribe y muchos de sus antagonistas vociferan también a nombre de la libertad; pero ¿qué es la libertad? — la libertad soy *yo*, contestarán." (Echeverría *Dogma...*, 145-146.)

[12] "Para que la asociación corresponda ampliamente a sus fines, es necesario organizarla y constituirla de modo que no se choquen ni dañen mutuamente los intereses sociales y los intereses individuales, o combinar entre sí estos dos elementos: el elemento social y el individual, la patria y la independencia del ciudadano. En la alianza y armonía de estos dos principios estriba el problema de la ciencia social." (*Dogma...*, 154.)

[13] "Todas las revoluciones se parecen en este sentido, que todas tienen por blanco echar por tierra el gobierno establecido y poner en su lugar otro más conforme con las ideas dominantes..." (Echeverría, *Origen y naturaleza de los poderes extraordinarios acordados a Rosas*, O. C., v. 5, 301-303.) "No entendemos por revolución las asonadas ni turbulencias de la guerra civil; sino el desquicio completo de un orden social antiguo, o el cambio absoluto, tanto en el régimen interior como exterior de una sociedad." (*Dogma...*, 187.)

[14] "La sociedad religiosa es independiente de la sociedad civil: aquélla encamina sus esperanzas a otro mundo, ésta las concentra en la tierra: la misión de la primera es espiritual, la de la segunda temporal. Los tiranos han fraguado de la religión cadenas para el hombre, y de aquí ha nacido la impura liga del poder y el altar" (...). "El Estado, como cuerpo político, no puede tener una religión, porque no siendo persona individual, carece de conciencia propia. El principio de la libertad de conciencia jamás podrá conciliarse con el dogma de la religión del Estado" (...). "Los eclesiásticos, como miembros del Estado, están bajo su jurisdicción, y no pueden formar un cuerpo privilegiado y distinto en la sociedad. Como los demás ciudadanos estarán sujetos a las mismas cargas y obligaciones, a las mismas leyes civiles y penales, y a las mismas autoridades" (...). (*Dogma*, 167-171.)

[15] "La soberanía es el acto más grande y solemne de la razón de un pueblo libre. ¿Cómo podrán concurrir a este acto los que no conocen su importancia? ¿Los que por su falta de luces son incapaces de discernir el bien del mal en materia de negocios públicos? ¿Los que, como ignorantes que son de lo que podría convenir, no tienen opinión propia, y están por consiguiente expuestos a ceder a las sugestiones de los mal intencionados? Los que por su voto imprudente podrían comprometer la libertad de la patria y la existencia de la sociedad?" (*Dogma*, 202.) (...) "Para emancipar las masas ignorantes y abrirles el camino de la soberanía, es preciso educarlas" (*Ibid.*, 202). "Mientras el espíritu público no haya adquirido la madurez necesaria, las *constituciones* no harán más que dar pábulo a la anarquía y fomentar en los ánimos el menosprecio de toda ley, de toda justicia y de los principios más sagrados" (*Ibid.*, 208).

[16] "Queremos una política, una religión, una filosofía, una ciencia, un arte, una industria que concurran simultáneamente a idéntica solución moral: que proclamen y difundan verdades enlazadas entre sí, las cuales se dirijan a establecer la armonía de los corazones e inteligencias, o la unión estrecha de todos los miembros de la familia argentina." (...) "Todo lo que indique adelanto, todo lo que haya de legítimo en los intereses y doctrinas de las facciones de la revolución, lo adoptaremos." (*Dogma*, 216-217.)

[17] "En nuestra época no tiene la autoridad y el valor de Doctrina Social la que no se radica a un tiempo en la ciencia y en la historia del país donde se propaga. Pero persuadido yo de esto, y en vista de la infecunda cháchara de nuestra prensa, me esforcé en sentar sobre el fundamento histórico, indestructible, de la tradición de Mayo, los rudimentos de una doctrina social científica y argentina. Esta tentativa tenía doble objeto: 1º, levantar la política entre nosotros a la altura de una verdadera ciencia, tanto en la teoría como en la práctica; 2º, concluir de una vez con las divagaciones estériles de la vieja política de imitación y de plagio que tanto ha contribuido a anarquizar y extraviar a los espíritus entre nosotros." (Echeverría, "Carta 2ª de polémica con De Angelis", en *Dogma...*, *Documentos*, 422.)

[18] Cito fragmentos de dichas cartas: "En las manos de Montevideo, de Bolivia y de la Francia está la suerte de Sud-América." (...) "La imaginación de usted es demasiado activa para que me ponga a cansarle con la representación de las ventajas políticas, internacionales, literarias, comerciales, etcétera, que podríamos obtener con la residencia de algunos jóvenes laboriosos de la nueva era en Bolivia o el Perú. No cree usted que, al menos, echaríamos, desde los dos términos a la tierra de Bolívar y San Martín, las bases indestructibles de la unidad americana?" ("Carta a Alberdi, fechada el 21 de enero de 1839 en Buenos Aires", *Dogma...*, *Documentos*, 325-326.)

[19] Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, IV, 75.

[20] "Se verá que el Saint-Simon de las primeras opiniones fue precursor de Augusto Comte, el Comte de la Filosofía Positiva, más bien que el posterior de la Política Positiva. El positivismo de Comte fue en realidad, y esencialmente, un desarrollo de las ideas de Saint-Simon, y la primera obra de Comte fue escrita bajo la vigilancia de Saint-Simon, cuando Comte era su amanuense y alumno. A Comte le desagradaba que le recordaran esto. Se apartó pronto de Saint-Simon, sobre todo por el aspecto religioso de la doctrina última de Saint-Simon. No obstante, Comte mismo, en sus fases posteriores, llegó a una opinión que tenía mucho de la doctrina del 'Nuevo Cristianismo' de Saint-Simon acerca de los sabios como dirigentes de la educación y consejeros del Estado." (Cole, *Historia del pensamiento socialista*, I, IV, 55.)